PALABRAS MAYORES.

CUENTOS PERVERSOS

PALABRAS MAYORES.

Cuentos perversos

Carmen Santonja
Saki
Roald Dahl
Patricia Highsmith
Marguerite Yourcenar
Auguste Villiers de L'Isle-Adam

PALABRAS MAYORES.

FACTOTUM
EDICIONES

Cuentos perversos / Carmen Santonja ... [et al.] ; compilado por Mercedes Calero. - 1a ed . - Buenos Aires : Factotum Ediciones ; Madrid : Editorial Popular, 2017.
112 p. ; 22 x 15 cm. - (Palabras mayores / Indij, Guido)
ISBN 978-987-4198-01-3
1. Cuentos. I. Calero, Mercedes , comp.
CDD 863

© Factotum Ediciones, 2017
Pasaje Rivarola 169 (1015)
Buenos Aires, Argentina
www.factotumediciones.com
info@factotumediciones.com

© Editorial Popular, 1988, 2017
C/Doctor Esquerdo, 173 6º Izda.
Madrid, España
www.editorialpopular.com

Compilación: Mercedes Calero
Coordinación editorial: Renata Cercelli
Prólogo: Hugo Salas
Diseño de tapa: Javier Basile y Melina Olivella | Grupo KPR
Ilustración de tapa: Melina Olivella | Grupo KPR
Diseño de interiores: Renata Cercelli
Armado: Brenda Wainer
Corrección: Mónica Campos y Álvaro López Ithurbide

ISBN 978-987-4198-01-3

Libro de edición argentina.
Impreso en China. *Printed in China.*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Prólogo

La perversión no es sencilla maldad o goce en el sufrimiento ajeno. Ni siquiera, saña. Como resulta evidente en las interminables orgías del marqués de Sade, la pasión del libertino consiste ante todo en descarriar, confundir, alterar y corromper la norma, ofreciendo de ella una reescritura violenta e irreconocible. No obstante, aun en esa versión desviada –perversión en el sentido etimológico del término–, lo que restalla es el imperio de la Ley bajo cualquiera de sus formas, la pasión por el mandato desnudo como fuente de toda dominación posible.

Constatamos así una obviedad: lejos de ser su negación, lo perverso reclama al poder como obligado consorte (simultáneamente, no es inusual percibir su tono en el discurso político). Hacer el mal de manera metódica y premeditada supone una teoría del bien

y su afirmación, pero también el reconocimiento de la potestad como lugar de fuerza donde se sanciona la diferencia entre uno y otro. El tratamiento literario de la perversión, por ende, no supone tanto un juego del arte con los límites más delicados e intolerables de la experiencia humana, sino, antes bien, una indagación de estas intrincadas relaciones entre moral y poder, en el frágil marco de un entorno donde el mayor bien es pequeño.

El resultado nos repele y atrae en un mismo movimiento. El escozor proviene de la incomodidad que suscita el cuestionamiento moral y de la pareja voluntad de abandonar el deseo a su propio dictado. Detrás de cada justo hay un tirano; detrás de cada anhelo libertario, ambición de dominio. En términos sociales, el cuento perverso resulta anárquico, escéptico o misántropo, y en ocasiones, los tres al mismo tiempo.

Los niños, con sus impulsos aún no domesticados, constituyen un tópico fundamental de este discurso. No es casual que la infancia sirva de paisaje a Carmen Santonja, en el primero de estos relatos, para poner en tensión no solo la frontera, sino incluso una relación causal entre el bien y el mal. Su despótica infantita solo puede formar parte de una literatura "infantil" al precio de recordar la perversidad inherente de

los antiguos cuentos de la tradición oral plagados de padres indolentes, y monstruos y brujas devoradores de niños.

La esmerada aplicación de un castigo tal vez justo permite a Saki, invirtiendo los lugares que en esta tarea suelen adoptar niños y adultos, esbozar lo borroso del límite entre justicia y venganza, en una obra mínima pero tan inspirada que sin forzamiento consigue parodiar sus fundamentos históricos y religiosos. La resolución final, lejos de aplacar la angustia, envenena la idea misma de reconciliación que late detrás de la administración de la ley en las sociedades humanas.

Desde una perspectiva distinta, en el relato de Roald Dahl, lejos de erigirse como representantes de un mundo incontaminado, los pequeños reproducen a escala la profunda violencia de una sociedad marcada por normas y mandatos tácitos e inflexibles, donde la sensibilidad puede ser tan extraña como la más exótica y singular de las aves. Su maestría en el manejo de la tensión narrativa hace de la lectura de "El cisne" una experiencia asfixiante, aterradora.

No podía faltar, desde luego, Patricia Highsmith. Su pluma misántropa, poco dada a la empatía, le permite trazar dos sátiras descarnadas de uno de los contratos legales más idealizados por la proclama moral: el matrimonio. Entre el chantaje

extorsivo y la prostitución, entre la búsqueda de riqueza y el cálculo, sus protagonistas evidencian la matriz perversa sobre la que se asienta la reproducción de la sociedad.

Acaso con similar desdén, acompañado por la elegancia que es sello de su singular estilo, Marguerite Yourcenar convierte un pasado brumoso, a la vez antiguo y medieval, en el decadente escenario de una historia de perversidades encontradas que no necesita de mayor presentación.

Por último, tenía que ser un conde, el destacado representante del simbolismo francés Auguste Villiers de L'Isle-Adam, quien devuelva esta compleja relación entre el mal y la justicia a uno de sus momentos históricos más tenebrosos, el de la Inquisición, y a una de sus escenas más aterradoras, la negación de la piedad.

Hugo Salas

La malvada infantita

Carmen Santonja

Nadie sospechó jamás que aquella cabecita de querubín albergara desde su más tierna infancia los pensamientos e intenciones más ruines. ¿Quién iba a pensar que fue ella, cuando apenas contaba siete años, la que envenenó al lebrel más querido de su abuelo, el rey?

Y lo hizo porque sí, por fastidiar, sabiendo que el enojo del rey haría rodar cabezas. Cuantas más, mejor, pensaba el angelito, consciente de que a ella jamás la alcanzaría la ira de su abuelo. La ira de su abuelo se desvanecía al contemplar su dulce carita. Así que planeó el asesinato del perro con minucioso deleite, disfrutando de antemano con el disgusto del rey y el pavor de sus servidores.

Por eso le acometió un ataque de ira interno (que no alteró en nada sus delicadas facciones, pues ya era ducha en el arte del disimulo) al advertir cierto

malicioso regocijo en la tierna mirada de su abuela la reina.

"Maldita sea...", murmuró para sí antes de preguntar con el más inocente de los acentos:

—Abuela, si supieras quién envenenó a Solimán, ¿qué harías?

Y la abuela, que sí era inocente, le susurró al oído:

—Lo premiaría con la gran cruz de tu tatarabuelo, Arnolfo. Ya no podía soportar más la presencia eterna de ese maldito animal, resollando por las noches a los pies de nuestra cama. Solo le faltaba que el rey lo nombrara condestable...

—Pero el pobre abuelo ha sufrido mucho... —contestó la niña, dedicándole un mohín de reproche a su insensible abuela.

—Lo siento por él, hijita —replicó esta—, pero ¿sabes? *No hay mal que por bien no venga.*

¡Oh revelación! Aquella fue la primera vez que la aviesa infantita escuchaba el famoso dicho y decidió en su fuero interno consagrar su vida entera a contradecirlo. Sí, practicaría el mal en cadena sin permitir que un solo eslabón interrumpiera una sucesión progresiva de calamidades hasta "la gran catástrofe final", que habría de ser sonada.

Pero no lo consiguió. En su busca desesperada del mal auténtico, cometió las más espantosas tropelías,

La penitencia
Saki

Octavian Ruttle era una de esas personas vigorosamente alegres en las cuales la afabilidad ha dejado su huella inconfundible y su paz espiritual dependía, como ocurre con la mayoría de su especie, de la aprobación prodigada por sus congéneres. Al cazar y dar muerte a un gatito atigrado había hecho algo por lo cual apenas podía aprobarse a sí mismo y se sintió aliviado cuando el jardinero enterró el cadáver en una tumba cavada apresuradamente al pie de un roble en el prado, el mismo árbol al que la acosada presa había trepado en un último esfuerzo por salvarse. Había sido un acto desagradable y aparentemente despiadado, pero las circunstancias habían exigido que se llevara a cabo. Octavian criaba pollos; por lo menos algunos: otros no podían ser criados porque desaparecían dejando únicamente algunos plumones ensangrentados como

señal de la suerte corrida. El pequeño gato atigrado del caserón gris que se levantaba con la parte trasera hacia el prado había sido descubierto en numerosas visitas furtivas al gallinero, y luego de las gestiones correspondientes, ante quienes ejercían la autoridad en la casa gris, la sentencia de muerte había sido convenida: "Los niños no estarán de acuerdo, pero no es necesario que se enteren", había sido la última palabra acerca del asunto.

Los niños en cuestión constituían un permanente enigma para Octavian; consideraba que en el curso de algunos meses debía saber sus nombres, edades, cumpleaños y haber sido presentado a sus juguetes favoritos. Sin embargo, se mantenían tan impasibles como la desnuda pared que los separaba del prado. Pared sobre la cual solían asomar sus tres cabezas en el momento menos pensado. Sus padres estaban en la India; solo eso había podido averiguar en el vecindario. Los niños, más allá de agruparse según las ropas en dos sexos, una niña y dos varones, no le proporcionaron más información respecto de su existencia. Y ahora resultaba que estaba comprometido en algo que les afectaba de cerca, pero que tenía que permanecer ajeno a su conocimiento.

Los pobres pollos indefensos habían marchado de uno en uno hacia su cruento destino, de modo que era justo que su destructor afrontase un violento fin.

Sin embargo, Octavian experimentó cierto remordimiento una vez que su participación en la violencia concluyó. El pequeño gato, espantado de sus habituales senderos seguros, había corrido desamparado de refugio en refugio y su fin había sido bastante lastimoso. Octavian caminaba por la alta hierba del prado con un paso menos elegante que de costumbre. Y al pasar bajo la sombra del alto muro desnudo, echó una mirada hacia arriba y descubrió que su cacería había tenido testigos inesperados. Tres blancos rostros inexorables lo observaban y si alguna vez un artista hubiera querido un triple estudio del frío odio humano, impotente pero inflexible, rabioso aunque contenido en la inmovilidad, lo habría hallado en aquella triple mirada que se encontró con los ojos de Octavian.

—Lo siento, pero tuve que hacerlo —dijo Octavian, con un sentimiento sincero en la voz.

—¡Bestia!

La respuesta llegó de las tres gargantas con sorprendente intensidad.

Octavian sintió que la pared desnuda no sería más impermeable a sus explicaciones que el manojo de hostilidad humana asomado sobre su albardilla[2].

2. Albardilla: tejadillo que se pone sobre las paredes para resguardarlas de la lluvia.

El cisne

Roald Dahl

A Ernie le habían regalado un rifle calibre 22 para su cumpleaños. Su padre, que estaba despatarrado en el sofá mirando la tele a las nueve y media de la mañana de aquel sábado, dijo:

—Veamos lo que eres capaz de cazar, hijo mío. Sé útil y tráenos un conejo para la cena.

—Hay conejos en ese campo grande del otro lado del lago —dijo Ernie—. Los he visto.

—Entonces ve a cazar uno —dijo el padre, limpiándose los restos del desayuno que tenía entre los dientes con un fósforo partido—. Sal a cazar un conejo para nosotros.

—Traeré dos —dijo Ernie.

—Y cuando vuelvas —dijo el padre— me traes una botella de cerveza negra.

—Entonces dame el dinero —dijo Ernie.

Sin apartar los ojos de la pantalla del televisor, el padre buscó un billete de un peso en sus bolsillos.

—Y no trates de quedarte con el cambio como hiciste la última vez —dijo—. Si lo intentas, te voy a tirar de las orejas, sea o no tu cumpleaños.

—No te preocupes —dijo Ernie.

—Y si quieres practicar tu puntería con ese rifle —dijo el padre—, los pájaros son lo mejor. A ver cuántos gorriones consigues cazar, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —dijo Ernie—. Los setos que hay junto al camino están llenos de gorriones. Cazar gorriones es fácil.

—Si crees que cazar gorriones es fácil —dijo el padre—, a ver si cazas una hembra de reyezuelo. Las hembras de reyezuelo son la mitad de grandes que los gorriones y nunca permanecen un segundo en el mismo sitio. Caza una hembra de reyezuelo antes de ponerte a fanfarronear sobre lo listo que eres.

—Vamos, Albert —dijo su esposa, apartando los ojos del lavadero—. No está nada bien cazar pajaritos cuando están en época de anidar. Los conejos son otra cosa, pero cazar pajaritos en época de anidar es algo muy distinto.

—Cierra el pico —dijo el padre—. Nadie ha pedido tu opinión. Y escúchame, muchacho —añadió, dirigiéndose a Ernie—. No vayas enseñando esto por la

Índice

Prólogo, 5

La malvada infantita, 9
Carmen Santonja

La penitencia, 17
Saki

El cisne, 29
Roald Dahl

La mano, 67
Patricia Highsmith

La prostituta autorizada o la esposa, 71
Patricia Highsmith

La sonrisa de Marko, 81
Marguerite Yourcenar

La esperanza, 95
Auguste Villiers de L'Isle-Adam

PALABRAS 31 puntos
PALABRAS M 25 puntos
PALABRAS MAY 20 puntos
PALABRAS MAYOR 18 puntos
PALABRAS MAYORES 16 puntos
PALABRAS MAYORES 15,5 puntos
PALABRAS MAYORES 15 puntos
PALABRAS MAYORES PA 14 puntos
PALABRAS MAYORES PAL 13 puntos
PALABRAS MAYORES PALA 12 puntos
PALABRAS MAYORES PALABR 11 puntos
PALABRAS MAYORES PALABRAS 10 puntos
PALABRAS MAYORES PALABRAS MA 9 puntos
PALABRAS MAYORES PALABRAS MAYORES PAL 7 puntos
PALABRAS MAYORES PALABRAS MAYORES PALABRAS 6 puntos
PALABRAS MAYORES PALABRAS MAYORES PALABRAS MAYORES 5 puntos

PALABRAS MAYORES es la colección de literatura que diseñamos pensando en tu confort. Elegimos para ello la tipografía, su tamaño e interespacios, las interlíneas y los márgenes de página más cómodos.

Cuanto menos se cansa tu vista, más leés.
Cuanto más leés, más lejos llegás.

PALABRAS MAYORES

Títulos de la colección

- Cuentos a la carta
- Cuentos brasileños
- Cuentos crueles
- Cuentos de terror
- Cuentos del espacio
- Cuentos extraordinarios
- Cuentos fantásticos latinoamericanos
- Cuentos increíbles
- Cuentos inteligentes
- Cuentos inteligentes del siglo XX
- Cuentos japoneses
- Cuentos latinoamericanos
- Cuentos perversos
- Cuentos policiales